

dió en el suelo y aguardó que acabasen con él, pues había jurado no sobrevivir á su hermano de armas (21 de mayo de 1449).

Los vencedores coronaron su deshonra con las venganzas y las fiestas que siguieron á la derrota de D. Pedro. Este, abandonado, insepulto, debió los últimos honores á algunos soldados enemigos, y no fué sepultado en Batalha hasta pasados seis años, cuando Isabel, obligada á no llevar luto por su padre, hubo obtenido de su esposo que al menos se perdonasen sus cenizas. El infante D. Enrique, que con sentimiento de todos no medió en aquellas tristes disensiones, presentóse entonces para presidir la fúnebre ceremonia expiatoria. El papa Nicolás V y Felipe de Borgoña, cuñado del Infante, habian manifestado desde el momento el horror que les causaba el deplorable fin de tan gran príncipe.

Proyectos de cruzada de Alfonso V.

Al calmarse las disensiones que acabamos de lamentar, cundió de repente por Europa la gran noticia de que Constantinopla habia caído en poder de los turcos, y de que ya no existía el imperio griego! La consternacion se hizo general en la cristiandad; la Iglesia quedó desolada; los papas predicaron la cruzada, y pudo creerse que ante aquel temible triunfo del islamismo iba á reanimarse el entusiasmo del siglo XI. Con la conquista de Constantinopla, no solo desaparecia el último resto del imperio romano, sino que el Mediterráneo se convertía en un lago musulman, la llave de Europa caía en manos del Asia, y la libertad y la fe del Occidente quedaban expuestas á inminentes riesgos. Sabíase que Mahometo II habia jurado erigir San Pedro de Roma en mezquita, como habia hecho con Santa Sofia, y nadie dudaba de su poder para ejecutar su espantosa amenaza.

Sin embargo, el ardor de los cristianos fué tan pasajero como impetuoso, y pasados los primeros momentos de una piedad caballeresca, solo se recordaron las grandes calamidades causadas en otro tiempo por las cruzadas, dejándose á Juan Huniade, á los Húngaros y á Scanderbeg, el cuidado de salvar á la Europa oriental; ningun otro pueblo se movió, y los papas pudieron conocer en la impotencia de sus predicaciones la decadencia de su autoridad y del sentimiento religioso. Por otra parte, la situacion de

la Europa occidental imposibilitaba una grande empresa efectuada de consuno: la Alemania cada dia mas anárquica; la Francia arrancaba al leopardo inglés los últimos pedazos de su territorio; la Inglaterra, vencida á su vez, llevaba ya en sus flancos todos los gérmenes de la guerra de las dos Rosas; la Italia sin union y sin vigor; la España ocupada en sus propias divisiones ó en su propia cruzada; y para completar este cuadro, cada una de estas naciones trabajaba mucho tiempo hacia en levantar una sociedad nueva sobre las ruinas de la edad media. ¡Cómo pues estrañar que la caída de Constantinopla no bastase para distraer á los pueblos belicosos del Occidente de sus poderosas preocupaciones!

Con todo, Alfonso V, jóven, caballeresco y amigo de aventuras, no desoyó los lamentos de la Iglesia, y reunió á un gran número de peregrinos adictos que, como él, solo aguardaban la señal de partir. Entonces fué cuando ideó las nuevas monedas de oro, tan célebres despues con el nombre de *cruzados*, en cuyo anverso se veian las armas de Portugal, y en el reverso una cruz, destinadas á sufragar los gastos de la guerra santa y el sueldo de los soldados de la cruzada.

Tres expediciones al Africa (1458, 1464, 1471).

La señal esperada no se dió, y Alfonso hubo de renunciar á la reconquista de Constantinopla; sin embargo, resolvió hacer pagar á los moros del Africa el dolor que le causaba la indiferencia de la Europa, lo cual no era mas que cambiar de cruzada; y no menos ávidos de gloria religiosa y de combates piadosos, los portugueses le siguieron con gusto á la nueva expedicion, con la cual debian repararse además los desastres de Eduardo y vengar el martirio del infante Alfonso.

Los entusiastas portugueses desembarcaron en número de 30 mil en la costa del Africa (1458), y vencieron fácilmente á los moros. Alcazar fué el premio de su victoria, y mientras un héroe, Eduardo Meneses, se establecia allí como gobernador, Alfonso obtuvo en sus Estados el renombre de Africano.

Motivos tenian el rey y su pueblo para estar contentos, pues era indispensable rehabilitar ante los moros el debilitado presti-

gio de la grandeza portuguesa, y salvar á Ceuta de continuo amenazada; pero convenia detenerse allí, y Alfonso no supo hacerlo. Embriagado con la fácil gloria que acababa de alcanzar en Africa, cruzó otras dos veces el mar en 1464 y en 1471, prodigando locamente la sangre y los recursos de su país. A copia de grandes esfuerzos obtuvo la sumision de Anafé, de Tánger y de Arzila, la cual, léjos de acrecentar el poder de los portugueses en aquella costa, les acarreó nuevas dificultades. El aprecio precoz que se grangeó el jóven hijo de Alfonso, fué el mejor resultado de tales expediciones, pues citado ya por su excelente educacion, Juan se distinguió, á los diez y seis años, ante los muros de Arzila, como uno de los mas bizarros del ejército, torciendo allí su acero á fuerza de dar mandobles. Su padre le recompensó armándole caballero en la mezquita de la ciudad conquistada.

Funesta intervencion en Castilla en nombre de D.^a Juana; derrota de Touro (1476).

Reinaba entonces en Castilla el débil Enrique IV, el cual se hallaba casado con la hermana de Alfonso V, de la que habia tenido una hija única, llamada Juana; mas un partido numeroso, compuesto de prelados y de nobles, y apoyado por el pueblo, no queria reconocer á la jóven princesa por heredera legítima de la corona, al ver los continuos desórdenes de Enrique y de la reina. Denigrada con el apodo de Beltraneja, pasaba por hija, no de Enrique IV, sino de Beltran de la Cueva, cuyas escandalosas relaciones con la reina no eran un misterio para nadie. Dirigian la conspiracion Carrillo y Villena, arzobispo de Toledo el uno, y rival el otro de Beltran en la corte, y como necesitaban un candidato, pusieron los ojos en Alfonso, hermano de Enrique IV, proclamándole príncipe de Asturias y despues rey de Castilla.

La muerte repentina del jóven príncipe no pudo sofocar la insurreccion, y fué sustituido con la hermana del rey, Isabel, á la cual con objeto de hacerla mas temible, unieron con Fernando, hijo único del rey Juan II de Aragon. Este enlace, que efectuado secretamente en 1469, se oponia á las promesas hechas poco antes por Enrique IV á Alfonso V, fué el origen de la grandeza que muy luego alcanzó España, y obligó inmediatamente al débil

rey de Castilla á firmar un tratado por el cual conferia á Isabel el título de princesa de Asturias, en perjuicio de Juana.

Verdad es que Enrique IV no tardó en revocar este acto; que habiéndolo revalidado, lo anuló de nuevo, y que murió reconociendo la legitimidad de su hija Juana; de modo que dejaba en pié la cuestion y legaba á su país la guerra civil (1474).

En esta incertidumbre, los castellanos prefirieron defender á la infanta Isabel, digna del trono por sus bellas prendas, si bien algunos se declararon por Juana, y con ellos Alfonso V, su tío y prometido esposo quien juró no abandonar sus derechos. Debe observarse aquí que sea cual fuese el resultado de esta lucha, la unidad española no podia menos de dar un gran paso, toda vez que Castilla debia unirse con Aragon ó con Portugal.

La invasion de Alfonso V, que penetró en Castilla con veinte y cinco mil hombres, y proclamó á Juana como reina y desposada, fué la señal de una guerra cruel, que duró cuatro años, hasta que la causa de Juana sucumbió en los campos de Touro, donde Alfonso retrocedió por primera vez, mientras que su hijo Juan triunfaba del marido de Isabel. Aunque el campo de batalla quedaba para los portugueses, las hostilidades languidecieron á causa de sus grandes pérdidas, y cuando Isabel supo la derrota de Alfonso y el triunfo de D. Juan, exclamó: «El polluelo ha salvado al gallo.»

Negociaciones estériles con el rey Luis XI.

Desesperado por esta derrota, é impaciente por repararla, Alfonso entregó el ejército á su hijo y resolvió ir en persona á solicitar el auxilio de Luis XI, no dudando de que este príncipe odiaba á Fernando; de que aspiraba á castigarle por sus intrigas; de que deseaba conservar el Rosellon, y particularmente de que veia con inquietud la ereccion en sus fronteras de una poderosa monarquía, con la union inesperada de dos coronas tan importantes como las de Aragon y de Castilla.

No bien estuvo en Francia encargó á Francisco de Almeida, uno de sus mas nobles caballeros, el que mas tarde adquirió en Oriente tan gran celebridad, que sondease de antemano el ánimo del rey. Luis XI dispensó al mensajero la mas amable acogida.

da, y le aseguró que su señor tendría abiertas todas las ciudades de Francia. Alentado por las disposiciones del rey, Alfonso atravesó la Francia, y entró en Tours con las más lisonjeras esperanzas, pues Luis XI nada omitió para hacerle agradable su viaje. Le prestó su palacio; ocurrió á su manutención; colmóle de obsequios, de honores, de protestas; pero al saber el motivo que traía el rey de Portugal, cesaron de pronto tantas atenciones. En efecto, ¿cómo intervenir en países lejanos, mientras la amenazadora ambición de Carlos el Temerario se agitaba en las fronteras de Alemania y de Francia? Alfonso intentó reconciliar á los dos enemigos, pero en breve vió la inutilidad de sus esfuerzos.

La repentina muerte del poderoso duque de Occidente reanimó en vano las esperanzas del príncipe portugués (1477), pues Luis XI le objetó las grandes cuestiones que promovía la sucesión de Carlos, los armamentos de Inglaterra, y la codicia del Austria respecto de los dominios de la casa de Borgoña. En fin, á vueltas de palabras melosas logró darle á entender que no debía esperar nada de él, hasta llegar á declararle que, rodeado de tantos enemigos poderosos, no podía aventurarse á aumentar su número negándose por más tiempo á reconocer á Isabel. Dura necesidad que no puede imputarse á Luis XI!

Abdicacion y muerte de Alfonso V.

Fué tal el pesar que causaron á Alfonso las palabras de Luis XI, que resolvió abandonar el mundo y marchar á vivir en aquellos santos lugares que antes pensara libérrimo. Escribió pues al rey de Francia recomendándole los fieles servidores que le habían seguido; alejóse secretamente de la corte, y pasó á un puerto de Normandía para esperar la ocasión de embarcarse. Su hijo Juan, á quien participó su abdicación, tomó al punto las insignias reales, contra la opinión del duque de Braganza quien le aconsejaba aguardar instrucciones más positivas. Digno del trono, Juan estaba impaciente por ocuparlo.

Entretanto Luis XI, inquieto por una desaparición tan repentina, hacia buscar á Alfonso por sus servidores, y fué hallado cerca de Honfleur, persuadiéndole apesar de su piadosa resistencia á

que volviera á su reino. Antonio de Foudras obtuvo el mando del buque francés que debía conducirla, y la Normandía subvino con un impuesto á los gastos del viaje. Luis no gustaba del ejemplo de un rey que renunciaba á la corona para encerrarse en un convento, y prefería que regresase á España el enemigo de Fernando, que daría seguramente algo que hacer á Aragon y á Castilla, permitiéndole de este modo entregarse exclusivamente á los proyectos que había concebido contra la casa de Borgoña.

Juan, el nuevo rey de Portugal, se paseaba por la playa cuando supo el próximo regreso de su padre. «¿Qué hacer? preguntó vivamente al duque de Braganza.—Renunciar al trono, le contestó este, y volver á ser infante.» Juan calló, y continuó su paseo lanzando con mano distraída los guijarros que había recogido. Pero cuando llegó su padre, corrió á echarse á sus piés. «No, dijo Alfonso, reinad en Portugal; yo me reservo los Algarbes y el Africa.—No puede haber dos reyes en el reino, repuso Juan, y ya que habeis vuelto reinad solo.» Alfonso resignóse entonces á cambiar el bordon de peregrino por el cetro.

La guerra de Castilla, reanimada al punto por su restablecimiento, no le fué más favorable que antes, y el rey hubo de ajustar el tratado de Alcántara (4 de setiembre de 1439), que relegó en un claustro á la princesa á quien él prometiera coronar en Toledo. Solo así pudieron jurarse ambos reinos amistad perpetua.

Este nuevo golpe despertó en el alma de Alfonso el deseo de descender del trono y de buscar el reposo en un monasterio. Retirado á Cintra, y conservando á su lado á algunos servidores, sorprendióle la muerte en medio de los preparativos que hacia para abdicar definitivamente la corona (28 de agosto de 1481), á los cuarenta y nueve años de su edad, si bien los pesares le habían acarreado una vejez prematura.

A pesar de los triunfos de Alfonso V en Africa, no puede negarse que su largo reinado fué un período de decadencia entre Juan I y Juan II. Los mejores años de aquella época corrieron cuando D. Pedro gobernaba en su nombre, pues para figurar entre los grandes príncipes, no bastan una lealtad caballeresca, una piedad sincera, un valor heróico, ni aun un talento distin-

guído; es preciso no dar oído á los calumniadores, como lo hizo contra D. Pedro; no invertir los recursos en empresas mas brillantes que útiles, como lo verificó en Africa; no intentar lo que es superior á las propias fuerzas, como lo efectuó queriendo imponer á Castilla una princesa cuyo partido era muy débil. Eso en cuanto á lo exterior. Por lo que mira al interior mostróse el rey tan condescendiente, que enervó y empobreció el trono de una manera notable. «Ya lo veis, decia Juan II á sus consejeros, mi padre me ha dejado por único reino los caminos y las carreteras de Portugal»

En tiempo de Alfonso V. se suspenden los descubrimientos

El gran movimiento de navegacion cuyos progresos hemos admirado hasta la mayoría de Alfonso, se resintió igualmente de la languidez en que cayó Portugal. Desde 1446 á 1486, los descubrimientos solo llegaron desde el cabo Verde á la costa de Guinea, no pasándose el Ecuador hasta el año 1471. Añadamos empero que este entorpecimiento imputable sin duda al mal gobierno de Alfonso V, provino tambien de otras causas como fueron temores supersticiosos, un monopolio inconsiderado (1), y sobre todo la muerte del infante D. Enrique, que terminó su gloriosa carrera en 1460. Cierzo que cuando vemos que los portugueses necesitaron por lo menos cincuenta años para llegar desde el cabo Verde al centro de la costa africana, disminuye algun tanto la admiracion tradicional que sus descubrimientos inspiran. Pero además de que desplegaron luego mucha mayor audacia, merecerá siempre encomios el haber penetrado los primeros, y por la sola fé de una idea, en regiones hasta entonces defendidas por tradiciones espantosas, y el haber dado impulso á las demas marinas del universo.

Lo mismo diremos del tráfico de negros, que desde entonce se estableció en las costas del Senegal, y del que Lagos fué por mucho tiempo el principal centro. No olvidemos que ese tráfico de hombres, tan justamente execrable para nosotros, no excitaba ninguna indignacion entre los contemporáneos de Alfonso V, y que

(1) La compañía á la que se concedió este monopolio habia prometido explorar en cinco años hasta á quinientas millas al sur, y faltó á sus compromisos.

hasta podia parecerles bienhechor. Al convertirse en esclavos ¿no se convertian tambien muchos africanos al cristianismo? Su alma se salvaba á costa de su cuerpo.

CAPÍTULO IX.

Reinado de Juan II (1481—1495); organizacion y conquistas.

LUCHA CONTRA LA NOBLEZA.—RESISTENCIA DE LOS NOBLES; MUERTE DEL DUQUE DE BRAGANZA.—MUERTE DEL DUQUE DE VISEÓ; LA NOBLEZA SE HUMILLA (1484).—BUEN USO QUE HACE JUAN II DEL PODER; SUS FAVORES AL CLERO.—POLÍTICA EXTERIOR DE JUAN II; ACERTADA NEUTRALIDAD.—EMPRESAS MARÍTIMAS; DESCUBRIMIENTO DEL CABO DE BUENA ESPERANZA (1486).—MISION DE COVILHAM Y PAIVA EN ORIENTE.—PESTE; MUERTE DEL INFANTE ALFONSO, HEREDERO PRESUNTO.—LLEGADA DE COLON (1493).—DIVISION DE LOS DESCUBRIMIENTOS ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL (1494).—MUERTE DE JUAN II (1495).—PASION DE JUAN II POR EL RENACIMIENTO.

Lucha contra la nobleza.

La edad media terminó en Portugal con Alfonso V, y su sucesor pertenece ya á la lista de enérgicos soberanos que inauguraron la era de los tiempos modernos: Luis XI, Fernando, Isabel, Enrique VII, Maximiliano, Iwan III, Matías Corvino.

Antes de subir al trono, Juan II habia ya mostrado su capacidad, como soldado y como príncipe, así es que los nobles temian su elevacion al paso que el pueblo se alegraba de ella por recobrar un protector. Luego que fué rey, Juan justificó tales temores y tal júbilo, pues cuando recibió en Evora los homenajes de sus nuevos súbditos, mostróse altivo con los nobles; respetuoso, mas no humilde, con el clero; solícito y amable con el estado llano. Para sellar mas esta intimidad, apresuróse á convocar las cortes, y el pueblo satisfecho le volvió al punto en fuerza lo que de él recibia en favores.

Y por cierto que Juan II necesitaba tal fuerza para luchar, despues de Alfonso V, con la omnipotencia de los nobles! Dueños absolutos estos del pueblo, por la justicia alta y baja que ejer-